

Los Amigos y la Adoracion

Douglas V. Steere

*Traducción por: Iván Cabrera,
con la colaboración de otros
miembros de la Reunión
Mensual de Amigos de Bogotá.*

Cuando llegué a las reuniones silenciosas del pueblo de Dios, sentí que entre ellos había un poder sagrado que tocó mi corazón y en la medida en que me dejé llevar por éste, encontré que el mal se debilitaba en mi ser y que el bien afloraba dentro de mí. (Robert Barclay).

Una vez una mujer me preguntó sobre lo que creían los Cuáqueros acerca de la naturaleza del hombre y sus relaciones con Dios. Pero fui interrumpido por ella en forma abrupta. Me aseguraba que todos los grupos religiosos que había conocido, sostenían teorías similares. "Lo que yo quiero saber", me insistía, "es qué hacen Uds. los Cuáqueros". Entonces bien, Qué es lo que hacemos los Cuáqueros durante la adoración? Tan sólo puedo hablar por mí mismo como miembro de la Sociedad de los Amigos y he de explicarlo muy informalmente en forma personal.

Atiendo a reuniones en las que generalmente asisten de 60 a 90 personas. Nos reunimos todos los domingos por la mañana durante una hora en una vieja casa de reuniones. Conozco a muchos de los asistentes. Durante la semana tengo oportunidad de pensar frecuentemente acerca de la próxima reunión. Pienso acerca de la gente que allá encontraré y frecuentemente visito a alguno de ellos durante la semana o ellos nos visitan a mí y a mi esposa. Nos conocemos los unos a los otros como personas, con sus problemas personales, puntos de vista políticos, preocupaciones particulares, y con el transcurso del tiempo llegamos a conocer también nuestras debilidades y nuestros puntos fuertes, relacionados con el devenir del mundo. Los domingos nos reunimos para "conocernos en aquellos aspectos que son eternos".

El pequeño lugar donde nos reunimos está en el campo. Llego antes de las 11, entro en silencio y me siento. Frente a mí no hay altar,

ni candelabros; tampoco hay coro ni música de órgano. Solamente hay tres líneas de bancas enfrentadas. Las dos de atrás se encuentran ligeramente más elevadas que la que está al frente. En el pasado, lo mismo que en el presente en muchas partes, ciertos Amigos de mayor edad y algunos considerados de mayor sabiduría, quienes frecuentemente tienen experiencias internas que compartir con el grupo, se sientan en esas bancas que dan frente a la asamblea general.

Nuestro grupo está compuesto de gentes que se reúnen silenciosamente en oración. Lo primero que hago es cerrar los ojos y después inmovilizar el cuerpo, para quitarlo del medio lo más que sea posible. Entonces acallo mi mente y la abro a Dios en silenciosa oración, porque ésta reunión, en la forma en que la concebimos, es la reunión de quien adora con Dios. Interiormente le doy gracias a Dios por esta ocasión, por la semana que acaba de pasar, por lo que no acaba de pasar, por lo que El me ha enseñado, por mi familia, por el trabajo que tengo que desempeñar y por tenerlo a El. Con frecuencia hago una pausa para regocijarme de su presencia. Bajo su mirada examino los acontecimientos de la semana que acaba de pasar y experimento el agudo dolor del remordimiento proveniente de ésto o aquello. Bajo su mirada, de nuevo, puedo ver lo que es correcto aunque con frecuencia ya me había dado cuenta, en el momento en que realicé la acción. Le pido perdón por mi falta de fé y le pido fortaleza para afrontar el problema cuando se presente de nuevo.

Ha habido veces en las que he tenido que reorientar parte de mi vida bajo este auspicio. Intercedo por varias personas ante Dios, amándolas bajo sus ojos, viéndolas con El, anhelando para que su poder curativo y redentor intervenga a través de sus vidas. Tengo en cuenta ciertas situaciones sociales, ciertos proyectos. En esas ocasiones, a

menudo veo cosas que puedo hacer en compañía, o que están relacionadas con esta persona o con una determinada situación. Ofrezco a Dios a las personas de la reunión y sus necesidades en la medida en que las conozco. Pero una y otra vez, antes de ir así de lejos en la oración, algo me distrae: Alguien ha llegado tarde; Dos pequeñitas adorables, quienes se encuentran sentadas a lado y lado de su madre, están casi rendidas por el deleite, en algo que es demasiado sutil para ser comprendido por la mente del adulto; Cuán ruidosos son los carros de la autopista hoy; El viento sopla y azota el viejo vidrio prerevolucionario, en el marco de las ventanas.

Logran, estas rudas interrupciones, destruir la oración silenciosa? Bien, en el pasado lo hicieron, y hay veces aún en que ellas interfieren un poco, pero pienso que las más de las veces son una ayuda. Quienes llegan retardados me estimulan a que yo mismo me vuelva más puntual, una falta de la cual soy muy consciente, y paso directamente a la oración, alegre porque ellos hayan asistido hoy. Las pequeñuelas me recuerdan de la alegría oculta en toda célula de vida, que estas pequeñas "bon-vivants" conocen muy bien, y me recuerdan también que una Reunión de Adoración debe hacerse para llegar a estas vivaces jóvenes, y continuo. En ocasiones, incluyo las distracciones directamente en la oración: "Veloz, agitada vida, de la cual éstos motores zumbadores son el símbolo, siga como quiera, yo busco las aguas tranquilas que yacen bajo estas ondas de la superficie", o "el viento de Dios siempre está soplando, pero debo levantar mi vela", y continuo con mi oración.

Cuando he terminado éstas oraciones interiores, me dedico con tranquilidad a escuchar, dejándome ir en la intimidad del Gran Amigo, que siempre está cerca. En este punto, uno puede usar las palabras de Robert

Barclay describiendo nuestra reunión silenciosa: "Nuestra adoración no consiste en palabras, ni en silencio como silencio, sino en una santa dependencia de la mente en Dios. Desde ésta leal dependencia, el silencio necesariamente continúa en primer lugar, hasta cuando surgen las palabras, que son entonces provenientes del espíritu de Dios." Yo no sé qué ocurrirá aquí. A menudo, estoy seguro de que no pasa nada. Pero hay veces que ocurre un cierto ir más despacio, parece producirse cierta curación, una cierta ternura, una cierta "dependencia de la mente en Dios". Esta, sin embargo, puede venir en cualquier momento durante mis propias oraciones dirigidas y ser superior a ellas. Alguien pregunto a otro, qué tan largo debería orar y recibió esta respuesta: "Lo suficiente para olvidar el tiempo". Uno podría decir de las propias oraciones, que ellas deberán persistir solamente el tiempo suficiente para que sean superadas por algo que lleve a la persona más allá. Es mucho más importante el "ser orados", que orar. Sin embargo lo último es muchas veces una preparación para lo primero.

Cuando esta ternura se presenta en una reunión, uno se siente unido muy cerca a los compañeros adoradores, y se desarrolla a menudo el sentido particular de nuestra causa común en el Padre, y de nuestra vida en "santa obediencia" a El. Esto podría humillarnos y colocarnos en capacidad para comprender la condición de algún grupo con el cual permanecemos desunidos; como serían los millones de sufrientes en Egipto o India, o muchos de la menospreciada generación de ancianos sin amigos, o un grupo o familia marginado en nuestro propio vecindario.

Fuera de esta nivelación y esta "unidad" de la reunión, se presenta con frecuencia, alguna intervención verbal. Dije al comienzo que a menudo pienso sobre la reunión durante la semana. Mis propias experiencias,

cosas que leo, un verso en poesía, alguna comprensión que pueda venir mientras camino, o en el salón de clases o en alguna visita personal, algún pasaje de la Escritura, que haya surgido en nuestro culto familiar diario, serán dirigidos siempre hacia la reunión. Puesto que no tenemos ministro, todos tenemos una responsabilidad. No es la abolición del ministro sino la abolición del laico pasivo lo que la Sociedad Religiosa de los Amigos siempre ha querido lograr. Uno nunca trae algo a la reunión con la certeza de ofrecerlo en ella, pero trata de no venir vacío. Bajo la influencia de la oración en silencio y de este sentido de unidad en la reunión, la Luz que uno trajo a menudo se hace completamente de lado, o uno siente que ésta debería reservarse para otra ocasión, o se rehace o se efectúan nuevos acentos, nuevas ilustraciones, o nuevas simplificaciones.

La mente cambia a menudo a una semilla completamente nueva, que se despliega a sí misma, en la conciencia del participante. Cuando me siento movido a compartir algo en la silenciosa reunión de adoración, simplemente me levanto y lo digo brevemente como pueda, buscando siempre "mantenerme unido a la raíz" y evitando toda ornamentación vana y distrayente. Los otros adoradores a menudo no levantan sus cabezas ni abren sus ojos. Si ellos se sienten en unidad con lo que he compartido y si ello habla a la condición de la reunión de la cual surgió, si es genuina, se convierte en una semilla para su meditación y en algo para investigar ellos mismos, al respecto. Si no es así, ellos le prestan poca atención y continúan con su propia adoración. Si ésta, o alguna otra cosa más que ofrezca uno de los otros miembros de la reunión, interpreta la necesidad y el ejercicio común, con frecuencia es completada por los demás, y se desarrolla un tema común que aprehende la mente de cada adorador participante. Digo adorador "participante", por-

que es posible venir a una reunión de Amigos y "sentarse" a esperar, a veces en vano, a que alguien "diga algo". Quizás en ningún servicio de adoración se ha dejado tanto al adorador como en una reunión de Amigos. Aquellos que deben tener música, lecturas idóneas, lecturas de las Escrituras, ciertamente no serían felices allí. Pero el ministro de la Iglesia Trinitaria de Nueva York debe haber tenido algunas personas en mente, cuando hizo su sugerencia de un moratorio sobre predicación por un año o dos, de manera que quienes lo deseen puedan adorar en paz. Aquellas personas encontrarían, yo creo, en la reunión Cuáquera de silencio, una forma de adoración en la cual ellos podrían "participar".

Después de cerca de una hora, la persona nombrada como "cabecera" de la reunión en ese día, se da la manó con la persona que se encuentre cerca de él, o ella, y ha llegado el "fin" de la reunión. La mayoría nos demoramos hablando los unos con los otros durante quince o veinte minutos antes de salir. Uno de nuestros miembros sale directamente, y no es su comida de domingo la que es responsable. Ella dice que su copa a menudo está tan llena en la reunión, que no encuentra manera de hablar acerca de cosas generales en éste momento, sino que siente que debe mantenerla llena, e ir a casa tan pronto como sea posible, para ver lo que ésto significa para ella.

"Fuiste constante?" y "Cediste?" no son ecos arcaicos de inquietudes personales que los Amigos usaron hace siglos para preguntarse a sí mismos en el primer hervor de su descubrimiento. Más de un miembro ha corrido a hacer algo sobre lo que el acento Divino ha establecido en la reunión. Los compromisos por ciertas situaciones sociales surgen con fuerza de la reunión. Pocos salen sin algún alivio, alguna sensibilización, o al menos sin algún pequeño ramillete de

aquella montaña de flores, que como declaró Francisco de Sales, están allá en las cumbres esperando ser arancadas por cada verdadero adorador.

Douglas V. Steere fue profesor de filosofía en la Universidad de Haverford por treinta y seis años. Durante este tiempo también actuó en el Comité de Servicio Americano de los Amigos. Es autor de un buen número de libros sobre contemplación y participación entre los cuales se incluyen "La Oración y la Adoración", (Prayer and Worship); "Iniciando desde el Interior", (On beginning from Within) y "Dimensiones de la Oración", (Dimensions of Prayer). Douglas Steere es el Director de la Junta Directiva de Pendle Hill, un Centro Cuáquero destinado a estudios religiosos y sociales.

THE WIDER QUAKER FELLOWSHIP

A program of the

Friends World Committee for Consultation

(Section of the Americas)

1506 Race Street

Philadelphia, Pennsylvania 19102